

Lunes, 1 de junio de 2020

“Que la fe se concrete en tu vida en amar como eres amado”

2P 1,2-7 Por amor, somos partícipes de la naturaleza divina.

Sal 90,1-16 Me llamará y le responderé, estaré a su lado.

Mc 12,1-12 Éste es el heredero, matémosle.

A veces, vivimos mendigando en “casa de pobres”, cuando somos ricos en gracia, en amor, en el conocimiento de un Dios que sabemos que nos ama, nos ha creado por amor y nos ha salvado de la muerte, de nuestra miseria. Dios es nuestro refugio y fortaleza, el Amigo que camina a nuestro lado para levantarnos cuando caemos, para abrazarnos cuando la tristeza nos invade, para compartir con nosotros los gozos y las alegrías propias de nuestro vivir.

Pero no todos tienen la gran suerte de conocer el por qué y el para qué de sus vidas. Muchos viven en la ignorancia de acaparar para sentirse seguros, para decir que pueden disfrutar de la vida, pero sus corazones están siempre temerosos de perder lo que tienen, temerosos de morir y no poder disfrutar eternamente de sus bienes.

Hoy, Jesús, nos habla de otra historia, la historia que Dios quiere escribir en cada uno de nosotros, una historia de amor, de vida, de esperanza y de fe. Somos su viña, la viña que él mismo plantó con tanto amor, la despedregó, cavó, regó y cuidó..., y espera de nosotros que demos frutos de fraternidad, de comunión, de amor. Espera que seamos labradores leales a la tarea que nos ha encomendado.

El mundo, los hombres, no saben que están llamados a ser lo más grande: Ser hijos de Dios, participar de su misma naturaleza, de sus mismos sentimientos, de sus mismos deseos. No saben porque nadie les ha mostrado el camino del Amor. No saben porque no han visto en los cristianos el rostro tierno y compasivo de Dios. No saben porque nadie les ha explicado que son muy amados. Pidamos a Dios poder ser su rostro y su mismo corazón.

Sábado, 6 de junio de 2020

“Dios nos espera, ¡corramos a su encuentro con gozo!”

2Tm 4,1-8 Proclama la Palabra a tiempo y a destiempo.

Sal 70,8-22 ¡Oh Dios, no te estés lejos de mí!

Mc 12,38-44 La viuda pobre ha echado de lo que necesitaba.

¡Qué bueno!, si al final de nuestras vidas pudiéramos decir como Pablo: He competido, he vivido, he peleado, he sufrido, he gozado, he podido llegar a la meta manteniendo firme mi fe. Hoy, que somos tan volátiles, tan frágiles, que en seguida cambiamos de opinión, es bueno mirar a todos aquéllos que se han mantenido firmes en la fe, que han sabido proclamar la Palabra, que se han sentido arropados por el amor de Dios.

Somos pobres, limitados, frágiles y cobardes, ¡Dios bien lo sabe!, pero, aún en nuestra miseria, sigue apostando por nosotros; se hace necesitado, porque quiere que seamos sus manos, sus pies, su corazón. Nuestro mundo se desmorona; lo que antes teníamos por seguro, se esfuma de nuestras vidas, nos sentimos zarandeados, desnudos ante nuestra realidad.

Por eso, la Palabra de Dios nos llena de paz, de consuelo, de fortaleza; es baluarte, fuerte, donde nos sentimos salvados. Las pruebas por las que pasamos son para nuestro bien, para aligerar nuestro petate y, así, ligeros de carga, poder correr esa carrera formidable del amor, de la solidaridad, de la entrega, de buscar siempre y en todo momento lo bueno, lo perfecto, lo que es agradable a Dios.

Dios nos mira y observa nuestros intentos de querer seguirle, escucharle, amarle. Y no nos abandona, se hace el contradicho con nosotros, camina a nuestro lado, nos habla al corazón, para que no tengamos miedo, para que estemos seguros en su regazo. Pongamos en sus manos lo poco, para que Él lo pueda multiplicar, lo pueda sanear y hacer bueno y fecundo.

Miércoles, 3 de junio de 2020

“Escuchemos a Dios para poder encontrar sentido a la vida”

Tm 1,1-3. 6-12 La Promesa de vida está en Cristo Jesús.

Sal 122,1-2 Nuestros ojos en Dios hasta que se apiade.

Mc 12,18-27 No es un Dios de muertos, sino de vivos.

Dios no es un Dios de muertos, de los que no creen, sino para los que se dejan amar, los vivos: ¡Cuánta esperanza nos trae esta palabra a nosotros!, pobres humanos que caminamos hacia un destino que muchos piensan que es el final. Morimos para vivir a lo grande, para ser amados eternamente, para que nuestras miserias se transformen en fuente de gozo y alegría.

Padecemos un mal, un virus, que nos está trastocando nuestro modo de vivir; nos sentimos indefensos, amenazados, con miedo, pero no, no estamos abandonados al sin sentido de la muerte. La promesa que Dios hizo, se cumple en Jesús, que padeció, murió y resucitó glorioso.

Ése es nuestro destino, volver a los brazos amorosos del que nos creó por puro amor, del que nos dio la oportunidad de vivir haciendo el bien, creando armonía, haciendo nuevas todas las cosas con Él. Miremos a Jesús, su abandono a la voluntad del Padre, su entrega a los más necesitados, su valentía, su fe y confianza en que el Padre estaba con Él en todos los momentos de su vida.

Con amor eterno te he amado, por eso te trato con lealtad. Os construiré de nuevo, para que recobréis la alegría (Jr 31,3). Dios nos ha rescatado y nos quiere dar una vida nueva con Él, eterna, feliz. Ése es nuestro destino, salimos de Dios y no descansaremos hasta que volvamos a Dios. Pasaremos por un valle de lágrimas, de penurias, de dificultades, pero al final del camino nos espera su amor, la misericordia, la bondad y la ternura de Dios para cada uno de nosotros.

Dice Pablo: **Yo sé bien de quién me he fiado.** La fe nos salva, nos levanta, nos reconcilia con nuestro Dios.

Jueves, 4 de junio de 2020

Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote

“Todas las sendas de Dios, son amor y verdad”

2Tm 2,8-15 Preséntate como fiel distribuidor de la Palabra.

Sal 24,4-14 Acuérdate Señor de tu ternura y de tu amor.

Mc 12,28b-34 Escucha Israel: amarás al Señor tu Dios.

Gracias Jesús, por prestarte a ser el Mediador entre Dios y los hombres; gracias por ser el eterno conciliador, el que nos acerca a Dios, el que hace posible con la entrega de tu vida, que podamos ser capaces de acogerte como la Palabra de Dios, de comprenderla, de hacerla vida en nuestros corazones.

Fuiste fiel a tu misión, al proyecto de amor que el Padre te encargó, y esa fidelidad te llevó a la muerte. Esa fidelidad te hizo “el Señor”, te dio el Nombre sobre todo Nombre, te exaltó como el Hijo, te hizo Señor de cielos y tierra. Y hoy nos invitas, a los que en Ti creemos, a los que en pobreza te escuchamos y seguimos, a ser imagen de ese amor tuyo, apasionado por los hombres.

Hoy, los hombres, nos rodeamos de leyes, para justificar muchas veces nuestro pensar y hacer; pero Tú, Señor, nos hablas de una Ley más sublime, la Ley del Amor. No existe otra mayor, otra más necesaria que ésta. Dice San Agustín: **Ama y haz lo que quieras.** Sí quien ama, no daña, no busca el mal del otro, no entra en discordias de si lo mío es mejor que lo tuyo, simplemente acoge, respeta, se entrega, para que el otro comprenda, disfrute, experimente el valor de la vida, de la fraternidad, del amor que se entrega.

Necesitamos, Señor, escucharte, oír tu Palabra, que es fuente de agua viva, que es luz que nos ilumina. El mundo nos adormece con sus ruidos, no nos deja escuchar con claridad. Estamos aún en el yo soy de éste o del otro. No hemos descubierto tu corazón abierto, tus entrañas de Padre, tu amor derramado sobre nosotros, y debatimos nuestras miserias.

¡Tennos piedad! ¡Ayúdanos!

Viernes, 5 de junio de 2020

“Dejemos que la Palabra nos ilumine el camino del Amor”

2Tm 3,10-17 Persevera en lo que aprendiste.

Sal 118,157-168 Mucha es la paz de los que aman tu Ley.

Mc 12,35-37 Enseñaba en el Templo y le oían con agrado.

Jesús no quiere que vivamos en la ignorancia. Su vida, sus acciones, sus gestos, son una escuela de amor, de fe, de esperanza. Ha venido para mostrarnos un camino más sublime, más justo, más verdadero: El camino del Amor.

Sabemos muchas cosas de Dios, de sus prodigios, de sus maravillas; pero Jesús, hoy, quiere que hagamos un viaje mar adentro, directos al corazón de Dios, para saber comprender los signos de los tiempos, para reconocer cuál es nuestro lugar en la historia de la humanidad. Sí, pobres o ricos, débiles o fuertes..., todos tenemos un papel que realizar, un proyecto que cumplir, que haga más humanas nuestras relaciones, que haga posible que el mundo sea un lugar amable para todos.

Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, nos dice Jesús. Hay tanta arrogancia en nuestros corazones, tanta soberbia, tanto endiosamiento..., que necesitamos volver al corazón de Dios para entender sus pensamientos, como el decir de Jesús: **Mi Padre hace salir el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos.**

Hoy, una cosa invisible, diminuta, que está haciendo posible que muchos se acuerden de Dios y regresen al camino que un día dejaron. Se nos invita a aprender de nuestros errores y, con corazón contrito, volvernos al calor del hogar de nuestro Dios.

Jesús ha venido para traernos su paz, para mostrarnos con su vida que estamos llamados a ser hijos de Dios, a ser responsables los unos de los otros, a amarnos; porque sólo en Él, en su amor, en su Palabra, encontramos las enseñanzas para vivir y convivir en paz, para ser fecundos, para hacer el bien.

Martes, 2 de junio de 2020

“Que tu Palabra, Señor, sea la luz que nos ilumine en la verdad”

2P 3,12-15a. 17-18 Vivid alerta y creed en la gracia.

Sal 89,2-16 ¡Vuelve Yahveh!, ten piedad, sácanos de tu amor.

Mc 12,13-17 Enseñas con franqueza el camino de Dios.

Vivamos alerta, porque puede que se mezclen en nuestro corazón los pensamientos y sentimientos de Dios y los del mundo. Todo ocurre para nuestro bien, pero pidamos a Dios que nos ilumine y nos lo haga ver, para poder elegir el camino de su amor, de su verdad y su justicia. Necesitamos conocer la bondad y el amor de Dios, para poder intentar vivirlo en nuestras vidas.

Inclinados al juicio, a la condena, a la exclusión, utilizamos muchas veces el nombre de Dios para nuestros intereses; y Jesús nos advierte hoy: Bueno es lo humano y mejor lo divino, no mezcléis ambas cosas. Lo humano nos lleva a lo divino. Jesús, una vez más, nos invita a vivir la fe, no desde el saber cosas de Dios, sino desde una experiencia viva de su amor en nuestras vidas.

Cuando Dios está en nosotros, nuestra mirada, nuestros gestos, nuestros pensamientos, se elevan por encima de nuestras miserias. Tenemos “luz”, vemos a través de los ojos de Dios, percibimos al otro como hermano, como parte de nuestro propio ser. Ya no tenemos motivos para el odio, porque todos somos uno en Aquél que nos ha dado la vida, que nos ha creado por amor.

Jesús vivió unido al Padre: **Yo y el Padre somos uno** (Jn 10,30). Esa comunión de amor, esa unidad de vida, es a la que Jesús nos invita a vivir hoy. Dejaos divinizar por Dios, dejad que Dios se humanice en vuestras vidas: **Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.**

Vivir con Dios olvidando al hermano, no es lo que Dios quiere. Nuestra fe, ha de estar en sintonía con Dios y con el hombre. Miremos a Dios para poder amar al hombre.

Domingo, 7 de junio de 2020

“La Santísima Trinidad”

“Aumenta nuestra fe, para que tengamos vida abundante”

Ex 34,4b-6. 8-9 Dígnate Señor, venir en medio de nosotros.

Sal Dn 3,52-56 Bendito seas Señor, Dios de nuestros padres.

2Cor 13,11-13 Alegraos, vivid en paz y Dios estará con vosotros.

Jn 3,16-18 Dios ha enviado a Jesús para que el mundo se salve.

¡Qué bueno sería Señor, si en medio de la angustia que nos trae el vivir esta pandemia, supiéramos volver nuestros ojos hacia Ti y suplicarte que camines con nosotros, para que puedas amainar la tempestad del miedo que sentimos!

Hemos pecado, Señor, nos hemos considerado los dueños del mundo y hemos hecho y desecho a nuestro antojo, sin medir las consecuencias; pero hoy nos sentimos abatidos, incapaces, asustados, y te imploramos tu auxilio, tu compasión, tu perdón.

Somos un pueblo de dura cerviz, que nos hemos dejado seducir por lo que el mundo nos ofrece; y sin darnos cuenta nos hemos apartado de tu Amor. Pero Tú, Señor, no nos quieres en la muerte y nos das lo más preciado para Ti, a Jesús, tu Hijo único, para que, mirándole, escuchándole, aprendamos a obedecerte, a volver nuestro corazón al amor de nuestro Dios.

Una y mil veces, nos recuerdas que tu amor y tu ternura no se apartarán de nosotros, y qué fácilmente lo olvidamos y te damos la espalda. Sin embargo, Tú siempre eres fiel, tu promesa de amor es para toda la vida. ¡Ojalá!, que sepamos darnos cuenta de que sin Ti estamos perdidos; ¡ojalá!, que sepamos pedirte perdón y dejarnos perdonar, para que camines con nosotros y ponerte en el centro de nuestras vidas.

Nadie llega tarde a tu amor, porque, no solo nos esperas, sino que sales a nuestro encuentro; quieres que nos salvemos y lleguemos al conocimiento de la verdad. Que sepamos vivir con esta esperanza, con la fe de que Tú nunca fallas, de que eres “un Dios con nosotros”.

PAUTAS DE ORACIÓN

Dios nos ama tanto,



que nos da a su Hijo.

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES